

JUAN CUETO

No viene en ningún refranero, pero su sabiduría va a misa: «Dime a quién te diriges y te diré de qué ideología cojeas.» Los grupos políticos que de diez en diez minutos asaltan los espacios televisuales no hablan de ellos mismos, sino de nosotros. Lo que sus respectivas retóricas y simbólicas delinean no es un programa de Gobierno, una ideología, unas alternativas precisas o una filosofía de la vida, sino la concreta idea que tienen del electorado. Incapaces de distinguir a los líderes políticos españoles por sus argumentaciones, se delatan los muy ingenuos por sus auditorios, por el especialísimo tratamiento que nos dispensan para que les concedamos el voto, por ese modelo ideal al que fingen dirigirse cariñosamente cuando se enciende la implacable luz roja de las cámaras de Prado del Rey, en fin, por el indeciso arquetipo de ciudadano que articulan y sobre el que ellos mismos se proyectan a pecho descubierto, sin rubor. Curiosa situación. Después de tanto tiempo suspirando por la descongelación ideológica del *bunkerizado* televisor, ahora resulta que los distintos oradores, hasta los más novedosos en el medio, también se dedican a halagarnos en nuestra bien fabricada mediocridad de lustros. Sabíamos que el género político democrático participaba casi exclusivamente de lo *epidictico*, como ya había denunciado Aristóteles hace algunos años: ignorábamos, la verdad sea dicha, que el propagandista político español fuera un ser tan aburrido, y lo que es más importante, que semejara tan geométrica-

mente a sus más fieros adversarios cuando es colocado delante de los artilugios de RTVE. Si analizamos friamente las distintas intervenciones electorales que desde hace unos trece días nos ofrece el televisor al final de los informativos, ateniéndonos exclusivamente al contenido de los mensajes y al margen de la personalidad de los líderes, es materialmente imposible establecer entre ellos un cuadro de oposiciones paradigmáticas mínimamente significativo. Todos nuestros políticos recitan en RTVE la misma letanía: democratizar, regionalizar, progresar, europeizar, socializar..., elimino la imagen del aparato y tengo la inquietante sensación auditiva de que cada diez minutos nos repiten machaconamente un idéntico discurso político. Sólo cuando distingo las siglas, los símbolos, los logotipos y los rostros empiezo a ver claro. Pero a los que escribimos en los periódicos no nos pagan por denunciar grandes similitudes, sino por rastrear las leves diferencias, que es lo comercial. Pues bien, en este caso concreto, las diferencias somos nosotros, los videntes y los oyentes, el silencioso y sumiso telespectador. Sí, claro, la televisión condiciona el voto, casi da vergüenza repetir a estas alturas tal obviedad. A la vista de las distintas apariciones políticas en la pequeña pantalla, hay que señalar que es el auditorio el que está empezando a condicionar seriamente la política democrática del país. Se acerca la peor de las dictaduras, la del telespectador. En su imperiosa necesidad por

ganar la temporal adhesión de los *flotantes*, el propagandista se olvida de sus militantes y simpatizantes, y organiza el espectáculo televisual a imagen y semejanza del misterioso ente que, agazapado con perplejidad de cuarenta años y varios días, está al otro lado de la pantalla.

Del halago al mitin

Lo que singulariza las distintas intervenciones, insisto, no es el vehemente recitado de aquellos polisémicos verbos que todos asumen y de los que todos presumen, sino el tratamiento que se dispensa a la heterogénea audiencia. Sólo los grupos minoritarios y extremistas (pongamos por casos Falange (auténtica) y la FUT) pueden permitirse el lujo de renunciar a lo *epidictico*, a halagar los bajos instintos de los votantes, porque de parlamentariamente perdidos, al río mitinero. El resto, sin notables excepciones, sacrifica su personalidad política para conseguir la deseada identificación con el indiscriminado público. Entonces nada tiene de extraño que surja lo alegremente paradójico, la liebre surrealista, el gazapo lógico y la errata ideológica. Tamames, después de los solemnes y sagrados acordes de un órgano catedralicio, parece empeñado en hacerle la competencia gestual al padre Javier de Santiago, deslizando su tranquilizador discurso por los derroteros de la oratoria sagrada. Otro tanto pasó con Tierno Galván, que, encaramado en aquella especie de púlpito

posconciliar, adoptó el quejumbroso y patético tono del sermoneador dominical de provincias. Por su parte, había que ver a Licinio de la Fuente, acomodado en aquel incómodo sillón de bambú a la última moda pequeño burguesa, alardear de estirpe proletaria. O a los *chicos* del Centro Democrático, sentados cual aplicados alumnos en unos pulcros pupitres, recitar de memoria el *evangelio democrático*, según Suárez. O las muy distinguidas y peripuestas señoras de Cantarero del Castillo proclamando las excelencias del socialismo a la española... Estos juegos propagandísticos que estamos contemplando diariamente a través del televisor son lo más parecido del mundo a las cuatro esquinas. Cada sigla irrumpe en nuestros hogares invadiendo al natural político del contrincante en una nada sutil maniobra desplazadora. Los comunistas ocupan el lugar de lo sagrado, mientras que los democristianos se engolfan en la peligrosa esquina de lo profano; los derechistas de toda la vida, de orden; los falangistas atacan a Franco y los izquierdistas evitan cualquier clase de referencia directa e indirecta al dictador; Felipe González discurrea como si ya estuviera en el poder al tiempo que los hombres de Suárez exhiben dudosos *pedigrees* oposicionales.

La cosa, ya digo, está en fabricarse deprisa y corriendo una imagen propia a costa del espacio de los demás, evitando en todo tiempo y lugar el mencionar la más importante de sus corres-

pondientes premisas, excepto Arias, que hizo de Arias. Ello explica que las palabras *izquierda* y *derecha* sean las grandes ausentes, el gran tabú de este primer desfile por RTVE de la derecha y la izquierda española. Lógica estrategia, por otra parte, que de lo que verdaderamente se trata no es de calentar los ánimos de los adictos, sino de persuadir a los tibios. Para lo primero están los mitines; para lo segundo, la *tele*.

La desesperante heterogeneidad de las audiencias televisuales es la causa principalísima de la no menos desesperante homogeneidad argumentadora de los representantes del espectro político nacional. Sabido que la clase de los indecisos no está por la aventura; cada opción electoral proclama los valores de lo establecido y hace todo lo retóricamente posible, que no es poco, para confundir su determinada alternativa con los siempre rentables valores del patriotismo o del patrioterismo, que en éste aún suelen existir ciertas diferencias. Tremenda desilusión. Conectamos el aparato dispuestos a saciar nuestra vieja frustración democrática y nos encontramos con unos señores que en lugar de información a fondo de sus variados credos políticos, intentan reflejarnos con pelos y señales en sus redundantes discursos diciéndonos aquello de: «Mirad bien, queridos "flotantes", soy igualito a vosotros.» Esperábamos la terrible voz de la militancia democrática, pero sólo nos devuelven la pobre imagen del apolitico franquista. Es como si en vez del televisor hubiéramos encendido el espejo del cuarto de baño.